

El padre

La oscuridad de la tierra

Alguien que vuelve del centro de los cerros
y que alumbra con un candil la oscuridad de la tierra.
El esplendor de los establos.
Dos mujeres en una silenciosa habitación del sur.
El que escribe con un palo sobre la arena su nombre.
El que ve la cara de un ángel
entre la luz última de un patio.
El que nace.
El que tras un portal encuentra
dos tesoros ocultos: la pobreza y la lluvia.
Esas cosas leves que la muerte apaga
y que son su entraña.

1767

Son viajeros venidos del centro de Europa.
Esto sucede en 1767.
Son hombres de razas distintas
y países distintos a quienes asemeja la pobreza.
Son también cierta calle
y son el pregonero que desata en su trompeta
la mañana.
Son mi abuelo Bernette que usa bastón
y saluda ceremonioso el día
mientras escruta un horizonte de carros y de bueyes.

Son el pobre sur,
el sur encendido de patios y zaguanes.
Son mis mayores
que tejen, bajo la parra, una historia
de amor y de agonía
y que escriben, con luz de luna, su nombre
sobre un muro.
Son quien soy.
Quienes seré cuando yo muera.

El padre

El es quien conversa con mi madre,
una noche, en el año lluvioso de 1957.
Quien sentado en su silla blanca de anea
me aguarda,
mientras mira cierta calle, cierta luna.
Conoce el arado, la siembra.
Conoce la flor nueva del hijo.
Como en una vieja foto color sepia
un domingo aldeano está a mi vera.
Es quien aún, tras la pesada puerta,
aviva un fuego
y en sus manos me entrega rosas inmortales.
Quien conserva en un arca el olor de las rosas.
Es quien me dicta estos versos.
Su vida se confunde con la mía.

El patio

Aquí todo un linaje de parientes
cenó ceremonioso a su mesa cierta noche.
Aquí aquella abuela,
la de maneras dulces y toquilla de luto,
la que nos sentó a su vera reclinados,
a oír viejas leyendas bajo una luna grande.
Son hoy como música que en el alba se deshace.
Son la sombra fresca de los míos.
Aquí abrió la mañana sus alas anchas de mariposa.
Aquí la frágil luna nueva,
el arrullo del mundo.

Aquí una vara de nardo nos condujo
a los días más grandes del verano.
Aquí junto a las tapias blancas aún
enjoyada de sol, la antigua muchacha,
la que amamos en otro tiempo, en otro mundo.
Este patio del sur lejano, pobre...
Si vuelvo será por ese olor.
Si nazco será allá en esa bruma.

Mi amor

De otro mundo llega mi amor en esta hora.
La oigo caminar entre los otros
con su paso
por la acera de una ciudad
en que su vida fue escrita
por la mano del sol
hace ya mucho...
De una región más ancha
hasta la mesa
del café en que la aguardo
con un pañuelo
bordado a la usanza de primeros de siglo.
De otros días
con su pamelita azul y con su risa
a este alumbrado espacio
entre dos tiempos.

Mi amor será cuando me vaya
quien perdure
como una lámpara encendida
al paso de las horas.
Mi amor sentada, sola
contra la oscuridad de la tierra.

A otra región, a otro mundo

La que amo se ha ido lejos,
a otra región, a otro mundo,
y en el horizonte se borra.
Me envía desde un prado lentas señales,

asusta a los bisontes,
desafía a los molinos con gestos obscenos.
La que amo es dulce oscura taciturna.
Guarda en un saco
vértebras de animales mapas calendarios.
La que amo cruza el mundo.
En sus ojos lleva un rastro de alegría
inolvidable.
Huye a los montes.
Su nombre desentierra como luz.
Inicia a las puertas de su casa,
una danza cruel de despedida.

La que amo abre su blanco baúl de mariposas.

Las grandes aguas turbias

Quien camina aún hacia un lago
de grandes aguas turbias
y no vuelve.
La no nacida.
Quizás en un quieto anochecer de provincias
se oculta
y sus ropas tienen un color de cielo antiguo.
Quizás al dorso de unas tapias,
en una algarabía de muchachas,
en que habita la luz última del mundo...
Es mi niñez de nuevo
y es también un ramo de entonces
puesto al sol de las mañanas.
Una mujer y yo vislumbramos su rostro
cierta noche.
Sé que me aguarda en un recodo del porvenir.
Su nombre es nadie o alguien o toda la luz.

Retrato hecho a los seis años

La pared agrietada en que me apoyo
es blanca
y tiene un fuerte olor a lluvias.

De lo hondo de los maizales
sopla un viento de otro siglo
y aparezco

años atrás
en el asombro de unos ojos
en unas sandalias
que pisan la frescura del mundo.

Sentado en una silla
frente al umbral lejano de mi casa
converso con un vecino
que murió hace ya mucho
—es alto y harapiento
y usa bastón—.

Por una calle adormilada al sol
cruzo
con un aro
que rueda hasta el fin de la tierra.
No lo alcanzo.

Junto a una lámpara
—bajo la mirada inocente
de alguno que nacerá mañana—
intento anotar en mi cuaderno
el canto último del gallo.
No sé quién ronda mi casa
en estas horas.
Pronto será tarde.

Rafael Téllez

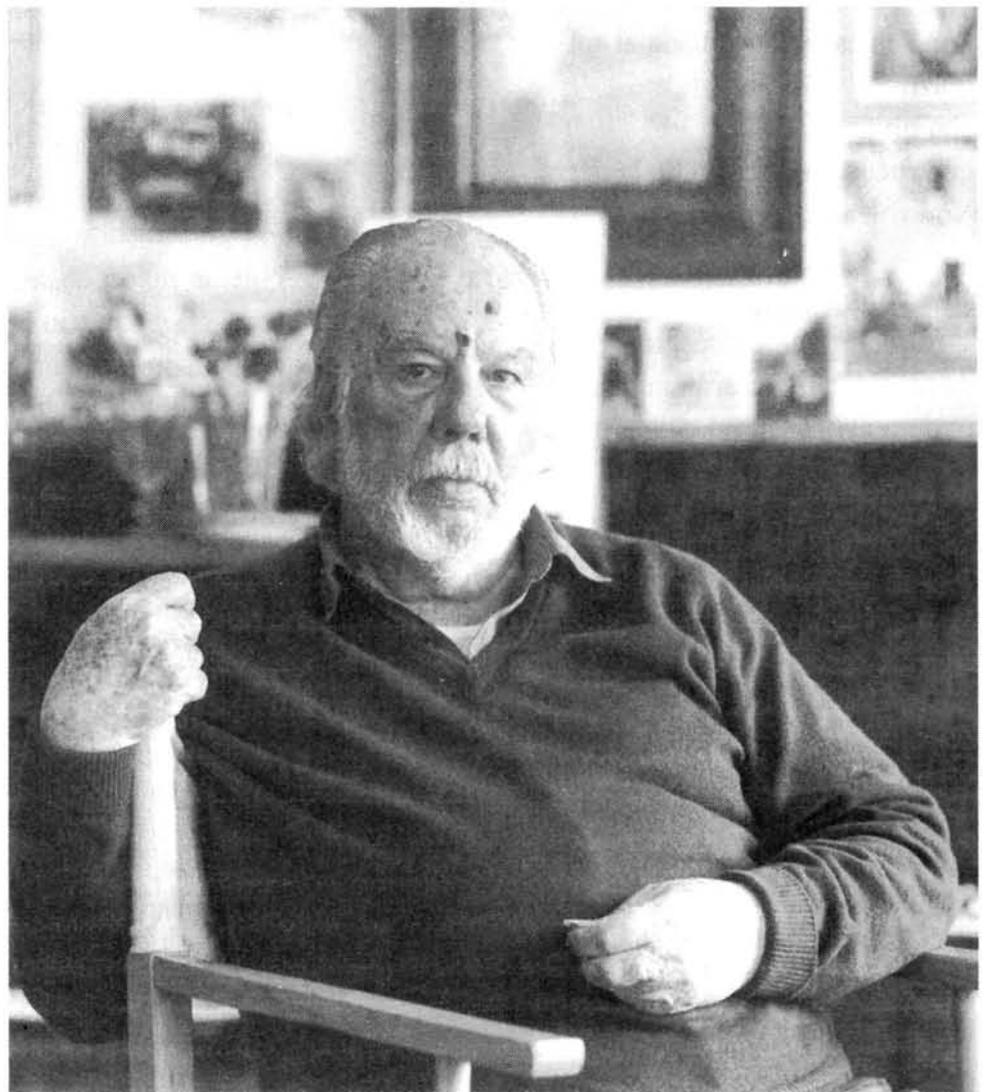


Foto: Juan Ballester